

terior, cada enjambre ha podido interrumpir su evolución especial é individual, asociándose de grado ó por fuerza á otro cuerpo político, integrándose después en una organización superior que tiene que recorrer una nueva carrera de vida y de progreso. Es una transformación análoga á la que verifica una semilla que se transforma en árbol, un huevo en animal: un estado de estructura homogénea se modifica en un estado de estructura heterogénea¹. Pero los destinos son diversos. Entre esas pequeñas sociedades aisladas, gran número perecen de agotamiento senil por algún sangriento conflicto antes de haber podido realizar el objetivo más ó menos elevado á que tendía su funcionamiento normal. Otros microcosmos mejor protegidos por las circunstancias del medio en su desarrollo armónico, han podido felizmente alcanzar la realización de su ideal, vivir conforme á las reglas de la prudencia, tal como las comprendían los antiguos. Así es como muchas tribus, sencillas en su organización social, cándidas en su concepción general del universo, puras de mezclas con otros elementos étnicos, han llegado á constituir pequeñas células bien limitadas en sus contornos, bien distribuidas en sus órganos, conscientes de su solidaridad entre todos los miembros de la tribu, y en el pleno goce cada individuo de una libertad personal absolutamente respetada, de una justicia invulnerable, de una vida reposada y tranquila aproximada al estado que podría denominarse la «felicidad», si esa palabra hubiera de significar solamente la satisfacción de los instintos, de los apetitos, de los sentimientos afectuosos.

En la historia de la humanidad muchos tipos sociales han alcanzado sucesivamente su floración definitiva, lo mismo que en los mundos, de más antiguo origen, de la flora y de la fauna, muchos géneros y especies han realizado su ideal de fuerza, de ritmo ó de belleza, sin que pueda imaginarse nada superior: la rosa, antecesora de tantas formas posteriores, no ha dejado de permanecer perfecta, insuperable. Y entre los animales, ¿pueden imaginarse organismos más acabados, cada uno en su género, que los crinoideos, los escarabidos, las golondrinas, los antílopes, las abejas y las hormigas²? ¿No tiene el hombre, todavía imperfecto á sus propios ojos, en

¹ De Baer; Herbert Spencer, etc.

² H. Drummond, *Ascent of man*.

su rededor innumerables seres vivientes que puede admirar sin reserva si tiene los ojos y la inteligencia abiertos? Y aunque haga una selección en la infinidad de los tipos que le rodean, ¿no es en realidad por la impotencia en que se halla de abarcarlo todo? Porque cada forma, resumiendo en sí todas las leyes del universo que concurren á determinarla, es una consecuencia de ellas igualmente maravillosa.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituido en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades. En tanto que las diversas tribus que viven aparte representan la diversidad, la nación que aspira á la preeminencia y aun á la absorción de los demás grupos étnicos tiende á constituir la gran unidad; de hecho procura resolver en su beneficio todas las antinomias, hacer una sola verdad de todas las pequeñas verdades diseminadas; ¡pero cuán difícil, sembrado de obstáculos y sobre todo surcado de péfidos senderos que al principio parecen paralelos á la vía principal y en los cuales se penetra sin temor, está el camino que conduce á tal objeto! La historia nos muestra cómo cada nación, por bien dotada que esté, por gozosa de fuerza y de salud que fuera en su edad de oro, acaba por retrasarse después de cierto período de décadas ó de siglos, se descompone después en bandas que por las malezas ribereñas van á perderse á derecha é izquierda; á veces tratan de volver hacia los orígenes: la diversidad de lenguas, de partidos, de intereses locales dominan sobre el sentimiento de la unidad humana que había sostenido por un tiempo la nación progresiva.

En nuestros días, los diversos grupos étnicos civilizados están ya de tal modo penetrados de esta idea de la unidad humana, que puede decirse que están inmunizados contra la decadencia y contra la muerte. Á menos de grandes revoluciones cósmicas, cuya sombra

no se ha proyectado aún entre nosotros, las naciones modernas se librarán en lo sucesivo de esos fenómenos de ruina, definitiva en apariencia, que se han producido en tantos pueblos antiguos. Ciertamente que las «transgresiones» políticas, análogas á las transgresiones marinas sobre las costas, se realizarán sobre las fronteras de los Estados, y esas fronteras mismas desaparecerán en muchos sitios, esperando el día en que dejen de existir en todas partes; podrán borrarse de los mapas diversos nombres geográficos, pero eso no impedirá que los pueblos abrazados en el terreno de la civilización moderna, parte considerabilísima de las tierras emergidas de las aguas, continúen participando de los progresos materiales, intelectuales y morales unos de otros. Están en el período de la ayuda mutua, y, aunque se entrecorren en embates sangrientos, no dejan de trabajar parcialmente en la obra común. Cuando la última guerra europea entre Francia y Alemania perecieron centenas de millares de hombres, se arrasaron campos cultivados y se destruyeron grandes riquezas, se execraron y maldijeron de una parte y de otra; pero ello no impidió que el trabajo del pensamiento continuara de ambos lados en beneficio de todos los hombres, incluso los adversarios mutuos. Se disputó patrióticamente para saber dónde se había descubierto y aplicado eficazmente por primera vez el suero de la difteria, si al Este ó al Oeste de los Vosgos, pero en Francia como en Alemania el medicamento aumentó el poder del hombre, solidario sobre la naturaleza indiferente. De ese modo mil otras invenciones nuevas han llegado á ser el patrimonio común de las dos naciones vecinas, enemigas, rivales, es cierto, pero en el fondo íntimamente amigas, puesto que trabajan con ardor en la obra general que ha de aprovechar á todos los hombres. Y allá abajo, del lado del Extremo Oriente, la guerra sorda ó desencadenada entre Japoneses y Rusos no puede detener los admirables progresos que se realizan en esas regiones del mundo en el sentido de la distribución de la cultura y del ideal humanos. Ya un período histórico mereció el nombre de «humanismo», porque unía á todos los hombres hermanados por el estudio del pasado griego y latino, en el goce común de los altos pensamientos expresados en tan bellos idiomas; ¡cuánto más derecho tendrá nuestra

época á una denominación análoga, puesto que asocia en un grupo solidario, no sólo una confraternidad de eruditos, sino naciones enteras, salidas de las razas más diversas que pueblan los relativamente más lejanos países del globo!

Y sin embargo, en nuestros días el sentimentalismo humanitario está en baja; todos nuestros grandes escritores, todos los hombres de Estado derrochan ingenio á expensas de esa pobre sentimentalidad, debido á que la segunda mitad del siglo XIX ha sido fértil en enseñanzas relativas á las formas que á veces toma el progreso. Los revolucionarios de 1848 lanzaron con brillo particular la palabra «humanidad», pero aquellas buenas gentes, en su profunda ignorancia, no tenían idea alguna de las dificultades que habían de encontrar á su propaganda, y fué muy fácil ridiculizarlos después de la derrota. Vino después la guerra franco-alemana, que elevó á la cúspide de la gloria la política bismarckiana, floreciente en la sentimental Alemania. Se puso empeño en copiar, aunque con general incapacidad, la manera de obrar del Canciller de Hierro, cuya sombra reina aún sobre nosotros. A la libertad de Grecia y de las Dos Sicilias, á las aclamaciones que saludaron un Byron, un Kossuth, un Garibaldi, un Herzen, ha sucedido la conducta más prudente ante las carnicerías de Armenia, las matanzas del Africa austral y los progroms de Rusia. En todos los países de Occidente domina un ardiente nacionalismo, y en general las fronteras se han reforzado desde hace cincuenta años. Hemos visto también, en la Gran Bretaña, la idea republicana, que reunía muchos partidarios antes de 1870, borrarse poco á poco de la política corriente, y lo mismo sucede en todos los países civilizados respecto de las «utopías» más generosas. Habría motivo para desanimarse considerando esas evoluciones innegables como retrocesos definitivos, si se perdiera de vista la investigación de las causas; pero cuando se ha comprendido el funcionamiento de esas reacciones, no puede conservarse la menor duda de que ha de resonar nuevamente el grito de «humanidad» cuando los «humillados y ofendidos», que no han cesado de pronunciarle entre sí, se hayan asimilado un perfecto conocimiento científico; cuando hayan adquirido una mayor destreza en su inteligencia internacional, se sentirán bastante fuertes hasta impedir para siempre toda amenaza de guerra.

Por graves, por llenas de peligros que puedan ser en sus detalles las discusiones entre los gobiernos rivales, esas disputas, aun seguidas de guerras, no pueden tener consecuencias análogas á las de las luchas de otros tiempos que hicieron desaparecer los Hititas, los Elamitas, los Sumerianos y Acadios, los Asirios, los Persas y, antes que ellos, tantas civilizaciones cuyos nombres hasta nos son desconocidos. En realidad, todas las naciones, incluso las que se tienen por enemigas, constituyen, á pesar de sus jefes y de las supervivencias de odios, una sola nación cuyos progresos locales reaccionan sobre el conjunto y constituyen un progreso general. Los que el «filósofo desconocido» del siglo XVIII llamaba los «hombres de deseo», es decir, los que quieren el bien y trabajan para realizarle, son ya muy numerosos y bastante activos y armoniosamente agrupados en una nación moral para que su obra de progreso se sobreponga á los elementos de retroceso y de disociación que producen los odios supervivientes.

Á esa nación nueva, compuesta de individuos libres, independientes los unos de los otros, pero tanto más amantes y solidarios; á esa humanidad en formación hay que dirigirse para la propaganda de todas las ideas que parecen justas y renovadoras. La gran patria se ha ensanchado hasta los antípodas, y como tiene conciencia de sí misma, siente la necesidad de darse una lengua común: no basta que los nuevos conciudadanos se adivinen de un extremo á otro del mundo, es preciso que se comprendan plenamente, pudiendo deducirse en conclusión y con toda certidumbre que el lenguaje deseado verá la luz: todo ideal fuertemente deseado se realiza.

Esta unión espontánea de los hombres de buena voluntad por encima de las fronteras, quita todo valor directivo á las «leyes», falsamente así denominadas, que se han deducido de la evolución anterior de la historia y que, no obstante, merecen ser clasificadas en la memoria de los hombres como habiendo tenido su verdad relativa. Así debe recordarse la teoría según la cual la civilización habría caminado alrededor de la Tierra en sentido de Oriente á Occidente, lo mismo que el sol, fijando su foco cada mil años sobre la circunferencia del planeta. Algunos historiadores, seducidos por la elegante parábola descrita por la marcha de la civilización



Ci. del Photochrom.

EL KASBEK, VISTO DESDE EL VALLE DEL ARAGVA, AL SUD

entre la Babilonia antigua y nuestras Babilonias modernas, formularon la ley de la precesión de la cultura. Sin embargo, desde antes de la época del florecimiento helénico, los Egipcios, abrazando en su espíritu la inmensidad del mundo nilótico, real universo por su extensión y su aislamiento, daban otra dirección á la propagación del pensamiento humano: creían que le habían recibido de Sud á Norte, traído por la corriente del Nilo, del mismo modo que habían llegado los aluviones fecundos. Probablemente se engañaban, y, al menos en una época histórica conocida, la civilización se propagó en sentido contrario, desde Menfis á Tebas de las «Cien Puertas». En otras comarcas no hay duda que, á lo largo de los ríos y en sentido de su corriente, el movimiento de cultura hizo nacer las ciudades populosas, centros del trabajo humano. Así fué como en la India la trayectoria siguió de Noroeste á Sudeste, en las márgenes del Ganges y del Djamma; y en las inmensas llanuras chinas, la «línea de vida» se dirigió de Este á Oeste en los valles de Hoang-ho y del Yangtse-kiang.

Esos ejemplos bastan para demostrar que la pretendida ley del progreso que determinaría el traslado sucesivo del foco mundial por excelencia en el sentido de Oriente á Occidente, sólo tiene un valor temporal, local, y que otros movimientos seriales han prevalecido en diversas comarcas, según la inclinación del suelo y las fuerzas de atracción que suscitan las condiciones del medio¹. No obstante, bueno es recordar la tesis clásica, no sólo á causa de los hechos que explican su origen, sino también porque está todavía reivindicada por una ambiciosa nación del «Gran Oeste», que proclama altamente sus derechos á la preeminencia. ¿Pero no ha llegado á ser evidente, para los miembros de la gran familia humana, que el centro de la civilización está ya en todas partes, en virtud de mil descubrimientos y aplicaciones que se hacen diariamente, aquí ó allá, y se propagan en seguida de ciudad en ciudad sobre la redondez de la Tierra? Los trazados imaginarios que las historias antiguas dibujaban sobre la circunferencia del globo, se han ahogado, por decirlo así, bajo el avance de la inundación que cubre actualmente todos los países: es verdaderamente ese diluvio de saber de que

¹ Véase el cap. VI, lib. I.